

las que tienen más características comunes. Características que, por supuesto, no vienen dadas por la cultura, el paisaje, la lengua o la economía agraria, tan diferentes entre un clima mediterráneo y otro atlántico, sino por ser víctimas pobres y paralelos del mismo proceso colonizador.

El grupo catalán A-71, con «La Lliçò», de Ionesco, dio una verdadera lección de buen teatro y magnífica interpretación. Ionesco fue recreado, yo diría supera-

do. El propio autor podría quedar sorprendido al comprobar lo que unos actores inteligentes y eficaces pueden hacer con su texto.

Las Jornadas de Teatro de Vigo terminaron con un plato fuerte: «Alias Serrallonga», montaje de Els Joglars. La obra desmitificadora de este grupo y el trabajo agotador de acróbatas, músicos, cantantes y actores al mismo tiempo da pie para hablar bastante rato. No puedo hacerlo. Esto no es más que una cró-

nica de una semana de teatro, y además los lectores de TRIUNFO conocen ya al grupo, y tendrán seguramente más noticias del mismo.

No debo terminar este comentario sin hacer alguna crítica. Una concentración teatral de la categoría y representatividad como fue ésta no debe quedar reducida a unos pocos, los de siempre, como sucedió. El auditorio de la Caja de Ahorros resulta muy pequeño para albergar al público que podía y

debería asistir. La difusión de los actos teatrales debe ser mayor y más eficaz. En años sucesivos hay que conseguir que una gran parte de los vigueses participen en la fiesta.

Las Jornadas de Teatro fueron seguidas de la Primera Mostra de Teatro Galego. Pero de ello les hablaré en otra ocasión. ■ MARIA XOSE QUEIZAN.

POLEMICA

EL FESTIVAL DE CANET

Por lo general, cuando dos personas escriben un artículo en colaboración, fijan los objetivos y luego proceden a redactarlo conjuntamente. Esto no se pudo cumplir en el caso de mi colaboración con el compañero Eduard Haro-Ibars, con respecto al festival de Canet-Rock. Por obstáculos insuperables de tiempo y espacio, mi compañero debió viajar a Madrid. Allí cogió mi versión escrita en Barcelona y procedió a incluir su parte, tal como habíamos dispuesto. Desgraciadamente, el resultado no ha sido feliz, pues aparezo firmando afirmaciones y comentarios de los que difiero por completo. Con el ánimo de aclarar este incidente, que no pudimos prever, y con el respeto que me merecen las opiniones o juicios de un colega, quisiera puntualizar ante el público mis divergencias con algunos aspectos del mencionado artículo.

En primer lugar, no creo que el festival fuera "un desastre" en lo musical, ni que los músicos "se limitaron a hacer una música de fondo". Hubo actuaciones mejores que otras, algunas alcanzan una verdadera calidad, y otras no dieron lo que se esperaba. Es algo que sucede en todo festival de tantas horas y de tantos artistas.

El problema del sonido fue real. Los altavoces no fueron suficientes para cubrir todo el espacio sonoro. Es verdad, pero achacarle este fallo a los organizadores es, a mi juicio, injusto. El sonido de Canet-Rock tuvo una larga historia, que de forma abreviada es la siguiente: la casa más importante de sonido existente en Barcelona no cumplió con lo prometido. Los organizadores hicieron un concurso abierto a todas las empresas, y ni pa-

gando se logró conseguir el material necesario. Simplemente, debido a la falta de cooperación de las empresas, se careció de medios.

El tercer motivo de discrepancia grave que tengo es en lo que se refiere al funcionamiento del escenario y el trabajo de los fotógrafos y periodistas. La afirmación de que "en el escenario, matones a sueldo de los organizadores impidieron a periodistas y fotógrafos el trabajar en paz", me parece demasiado duro para quienes tuvieron que pasar toda la noche cuidando las conexiones de los aparatos y que no se pisara ni arruinara la inmensa cantidad de cables que había alrededor del escenario. Después de que se produjeron tres accidentes con esos cables, y que se desconectaron las torres de sonido, Rafael Moll, encargado del escenario y personaje totalmente ajeno al "gangsterismo", que implica la afirmación de mi compañero, decidió que los periodistas abandonaran las inmediaciones del escenario. Los fotógrafos, en cambio, y salvo casos aislados, pudieron realizar su tarea. Me permito decir que en ningún festival grande (y esto lo experimenté personalmente en Woodstock) se permite que los periodistas que puedan estar en el espacio reservado a los músicos y los fotógrafos.

Hechas estas aclaraciones, quisiera sólo agregar —y espero que mi compañero Haro-Ibars esté de acuerdo conmigo— que Canet-Rock fue un éxito. Abrió una nueva puerta cultural en el panorama nacional, y brindó a la mayoría de los asistentes la posibilidad de vivir una experiencia creativa y vital: la experiencia de la libertad. ■ MARCELO COVIAN.

MUSICA

Los «blues» de monsieur Rault

En los últimos tiempos, una parte importante de los discos de blues han sido producidos en Europa; especialmente en Francia, donde compañías como America, Musidisc, Vogue, Barclay y Black & Blue han grabado a todos los bluesmen que se han puesto a tiro de micrófono. Pero no vamos a comentar ahora la paradoja de que Europa sea actualmente el mayor mercado para este género de la música popular afroamericana. La noticia es que Movieplay comienza a editar de forma racional su rico catálogo de blues con cuatro LPs de origen francés.

Entre los círculos de puristas, los «discos europeos» no gozan de mucha estima. La idea generalizada es que los resultados de estas sesiones rara vez son brillantes por diversas razones: los músicos se encuentran fuera de su contexto habitual, a veces en medio de giras agotadoras, con acompañantes ocasionales; tampoco ayudan mucho los productores, que frecuentemente se hallan paralizados al encontrarse trabajando con figuras legendarias. Philippe Rault no es

uno de estos productores, ya que sus heterodoxos proyectos y su falta de escrúpulos para manipular grabaciones han levantado frecuentes controversias.

Tres de los cuatro LPs editados por Movieplay son producciones de Rault. Todos ellos pertenecen a una colección titulada «House of the blues», que incluye reediciones de discos editados anteriormente por Barclay, unificadas por unas portadas llenas de colorines, pero atractivas. Lo mismo se puede decir de su precio: 225 pesetas. Sólo hay que objetar cierta negligencia en los créditos. Por ejemplo, en el LP de Buddy Guy y Memphis Slim no se menciona claramente que allí participa Junior Wells. En el disco de Gatemouth Brown tampoco se especifican los acompañantes y no se indica que los arreglos de viento fueron añadidos en USA. Pequeños detalles que deben tenerse en cuenta.

Buddy Guy y Memphis Slim aparecen juntos en «Southside Reunion» (S-21.667), que vio la luz hace tres años como la mitad del doble «Old Times/New Times», aunque entonces estaba atribuido a Slim, Guy y Junior Wells. La producción discográfica de Pete Chatman desde que fijó su residencia en París ha sido copiosa y no muy afortunada, pero este disco es uno de los que merece atención. Con el sólido soporte de los músicos de Chicago, Slim toca y canta con una desasosumbrada vitalidad. Un buen disco de blues urbanos, cuyo único inconveniente es que la guitarra y la armónica han sido mal mezcladas en algunos temas.

«Fourth And Beale» (S-21.666) apareció en 1969 como «Beale Street Blues» y es una magnífica introducción al arte de Furry Lewis, el más popular de los viejos bluesmen de Memphis aún en activo. Es un disco relajado (Lewis lo grabó recostado en su cama), que demuestra su habilidad como músico y «entertainer». A pesar de su

edad, Furry toca la slide guitar con una seguridad y una claridad asombrosas. Su repertorio incluye piezas populares (como el «Saint Louis Blues» de W. C. Handy), canciones folklóricas de las más diversas procedencias («When the saints go marchin' in», «John Henry») y composiciones propias. Hay mucho de improvisación en sus interpretaciones, ya que extrae versos y motivos musicales de su vasto repertorio para alargar o modificar sus canciones, según el momento. Para muestra, aquí tenemos «Judge Boushet blues», que resulta ser una versión revisada y alargada del «Judge Harsh blues» que registró en 1928. Un gran disco de blues sin adulteraciones.

«Gate's On The Heat» (S-21.665) apareció en 1973 en forma ligeramente diferente, como «The Drifter Rides Again». Es un disco vigoroso, pero corto en originalidad, de Clarence «Gatemouth» Brown, que no ha hecho en su nueva carrera nada comparable a sus discos para Peacock de los años cincuenta. A pesar de todo, es muy superior a «Deep South... In The Bayou Country», el LP del sheriff Brown, que apareció el año pasado; aquí no se encuentran los tópicos sobre el bayou y la música es más espontánea.

«Rock 'n' Roll Gumbo» (S-21.664) es el debut español del legendario Professor Longhair, uno de tantos músicos olvidados de Nueva Orleans, cuya valía sólo ha sido reconocida en los últimos tiempos, tras el éxito popular de Dr. John y Allen Toussaint. Su excentricidad como pianista y su facilidad para adaptar cualquier tipo de canción a su inimitable estilo están patentadas en este álbum, que sufre curiosamente por una cierta rigidez, como si hubiera sido grabado con prisa y sin que los músicos se llegaran a encontrar a gusto. No es lo mejor de Roy Bird, pero merece ser escuchado. ■ DIEGO A. MANRIQUE.